

El hogar doméstico no puede ser un mundo.

Por: Eva Illouz. Reporte Sexto Piso. 03/11/2020

Más de cuatro mil millones de personas en todo el mundo han dejado de moverse, de trabajar, de salir a la calle y de socializar, voluntariamente, sin protestar. Han sido confinados en sus casas, suponiendo que tuvieran una, y han tenido que abandonar todo lo que componía sus vidas, desde los cafés a las tiendas y el transporte público, de la noche a la mañana.

Que la gente renuncie voluntariamente a su libertad para defender su salud no es, en sí mismo, terriblemente sorprendente. Después de todo, como dijo Thomas Hobbes (y otros), siempre estaremos dispuestos a sacrificar gran parte de nuestra libertad por nuestra seguridad. El temor a la muerte es tan poderoso que la gente acepta de buena gana la autoridad de un Estado que puede salvarla, incluso cuando se trata de medidas de vigilancia que suspenden sus derechos civiles básicos y de formas de confinamiento que rozan el arresto domiciliario.

Lo que no tiene precedentes aquí es la forma que adopta esta falta de libertad, un cuasi arresto domiciliario a escala planetaria. El miedo que lo acompañaba tampoco tiene un precedente real. En tiempos de guerra, el miedo a la muerte existe, pero normalmente lo enfrentamos con otros, sabemos quién es el enemigo y podemos recurrir al vasto repertorio simbólico del heroísmo para luchar o escondernos. En el presente caso, con el temor al coronavirus, tenemos muy pocas representaciones simbólicas que procurarnos. La bomba mortal puede no ser lo que el enemigo nos envía, sino lo que sin saberlo llevamos dentro y causamos a alguien más.

Por eso ahora estamos todos aglutinados dentro y cerca de nuestras casas, temerosos de algo invisible que ha suspendido nuestras relaciones con los demás.

Con el confinamiento hemos perdido el espacio público de las apariencias, de la cortesía, del coqueteo, de los rituales vacíos pero necesarios, del sentido de lo posible, a fin de cuentas, todo lo que nos hace seres propiamente sociales. Hemos perdido no sólo un mundo público, sino el mundo mismo. Si hay algo que demuestra el confinamiento es lo equivocado que estaba Rousseau, la intensa intimidad y un

estado de total transparencia con los demás son insoportables a largo plazo. Si necesitamos el mundo, es precisamente para poder escondernos de nosotros mismos y de los demás, para cambiar nuestra personalidad y apariencia. El hogar doméstico no puede ser un mundo.

[LEER EL ARTÍCULO ORIGINAL PULSANDO AQUÍ](#)

Fotografía: Líder Empresarial.

Fecha de creación

2020/11/03